

Beuchot, Mauricio

La filosofía en Laudato si'

Sapientia Vol. LXXII, fasc. 239, 2016

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Beuchot, Mauricio. "La filosofía en Laudato si'" [en línea], *Sapientia*, 72, 239 (2016).

Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/filosofia-en-laudato-si.pdf> [Fecha de consulta:.....]

MAURICIO BEUCHOT

Universidad Nacional Autónoma de México
México
mbeuchot50@gmail.com

La filosofía en *Laudato si'*

Introducción

En estas líneas me interesa destacar los fundamentos filosóficos de la encíclica del Papa. Esta tiene como objeto la defensa de la ecología, porque nuestra casa común, que es la tierra, está corriendo peligro de agotarse o, por lo menos, de sufrir serios daños.

En la encíclica se refleja la honda preocupación del papa por la tierra. Es decir, se coloca en la línea de aquella teología de las realidades humanas que ya se había dado en el siglo XX. Y tal parece que ahora, en el XXI, se necesita con mayor urgencia.

En efecto, podrá decirse que algunas situaciones han cambiado en lo que llevamos del siglo XXI con respecto al anterior, pero han seguido algunas otras, las más de las veces negativas, y hay que reflexionar sobre ellas. Como filósofos nos toca hacerlo, de manera urgente, pues están afectando a la realidad misma, como en el caso de la ecología. Lo haremos a partir de este documento teológico, pero que está cargado de filosofía.

Líneas fundamentales de pensamiento

Veamos, pues, algunos de los rasgos de ese pensamiento, ciertos presupuestos filosóficos que animan esta encíclica y que han servido para formular la preocupación del Papa por la ecología del planeta.

Para empezar, descubrimos un aprovechamiento de la fenomenología, al menos en el sentido general de la descripción de

los fenómenos que nos rodean. Así, con una actitud fenomenológica, la encíclica hace una descripción de los males que se están causando al planeta. El calentamiento global, el mal uso del agua, de los minerales, del clima, de los alimentos, etc.¹

Hay una gran contaminación, por toda la basura que se ha desechado, es decir, por todo lo que la producción trae consigo. Habla de toda una cultura del descarte. El hombre deja desperdicios y basura en todas partes; en los bosques en las playas, etc. Asimismo, al usar mal de los animales y las plantas para su alimentación, está acabando con la biodiversidad. Hay especies que han desaparecido y no es posible reponerlas.

A veces parecería que la carta adopta un tono apocalíptico, pero no es así. Es bastante grave lo que está sucediendo con los recursos de la naturaleza, que están poniéndose en grave peligro de llegar a la escasez. Habla del clima como un bien común, y lo mismo del agua. Hay un derecho humano a tener acceso al agua potable, ya que es elemento necesario para la vida². Lo mismo pasa con el aire, con el clima y con la biodiversidad. Se tienen que preservar esos pulmones del planeta que son las selvas.

Insiste asimismo en que ese desgaste de las reservas naturales va a llevar a un deterioro de la calidad de la vida humana, como es lógico, pues depende de aquello. Y eso va a traer, igualmente, una degradación social, pues no se quedará a nivel individual, sino a nivel comunitario, provocando una agresividad en las gentes.

Sobre todo, el Papa señala, además, la injusticia que se da en todo eso, pues los que gastan más los recursos son los países ricos, en detrimento de los países pobres. Hay una gran falta de equidad en lo que podríamos llamar el reparto de los recursos³. Incluso sabemos que los países pobres tienen que vender sus materias primas a los países ricos, que no quieren gastar sus reservas.

¹ Carta encíclica del Santo Padre Francisco, *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común*, México: Eds. Paulinas, 2015, nn. 17 ss. La abreviaremos como LS.

² LS, n. 30.

³ LS, nn. 48 ss.

Asimismo, el Papa denuncia que hay una desigualdad en las respuestas al problema, sobre todo de parte de los países ricos y poderosos, que son los que mejor podrían actuar para evitar el deterioro. Por eso dice que debería haber una normatividad y un control, a nivel mundial, para proteger lo que dejaremos como herencia para las generaciones futuras⁴.

Se ve una preocupación por la tecnocracia, es decir, por el mal uso de la técnica, ya que las tecnociencias están sirviendo para dañar a la naturaleza. Nos hace recordar la idea de Aristóteles, de que la técnica (*techné*) tiene que promover a la naturaleza en la misma línea de la naturaleza. Esto es, no oponiéndose a ella, pues la echaría a perder.

Hay dos preocupaciones en la encíclica. Por un lado, esa tecnocracia que proviene del cientificismo, en el sentido de que lo que sea factible científica y, sobre todo, técnicamente, debe hacerse, aunque vaya en detrimento de las cosas naturales, de la misma tierra⁵.

La encíclica ve la tecnología como teniendo una doble cara, la de la creatividad y la del poder. La primera es buena y de verdad desarrolla al ser humano en su saber y hacer. Él es creador junto con Dios, cuidando de la naturaleza que le ha dejado. Pero el afán de poder es la cara mala de la técnica, porque exagera el dominio que puede tener sobre las cosas y llega a pensar que puede hacer con el mundo lo que le venga en gana.

Y, por otro lado, le preocupa el relativismo, que es principalmente moral, porque llega a pensar que todo vale y que todo está en función del hombre; en realidad, en función del sujeto, con un hedonismo exagerado.

Esto lo señala como el antropocentrismo de la modernidad⁶. Y es verdad, pues los modernos, desde el Renacimiento y el humanismo, colocaron al ser humano como la criatura más perfecta, hablando de la gran dignidad del hombre, pero con ello también lo pusieron por encima de todas las cosas. Poco a poco el humanismo ha consistido en decir que el ser humano es el

⁴LS, nn. 55-57.

⁵LS, nn. 102 ss.

⁶LS, nn. 115 ss.

encargado de la creación y que debe cuidarla, no sojuzgarla y disponer arbitrariamente de ella.

Inclusive en el antropocentrismo cristiano, o humanismo cristiano, se exageró la idea de que el hombre tenía que dominar el mundo, ser su señor. Dice algo muy sensato: «No hay ecología sin una adecuada antropología⁷». Es decir, no se trata de menospreciar al hombre para restarle la importancia excesiva que le dio la modernidad, sino de encontrar los límites adecuados de la acción del hombre en el mundo.

La encíclica prevé como remedio un nuevo tipo de ser humano. Es lo que he señalado como la necesidad de un nuevo humanismo. Sobre todo por el saneamiento de la relación entre las personas. Y eso implica también el fortalecer la relación con la divina, con ese Tú que nos ha puesto en este mundo. Es una revalorización de la persona humana, a la luz de la divina.

Pero también la encíclica nos previene contra el relativismo, un relativismo práctico. Es producto del antropocentrismo desviado. Si el ser humano se coloca en el centro del universo, entonces él es la medida de todas las cosas⁸. Estamos en una cultura relativista y es la que permite que un ser humano se aproveche de otro. Deja que el hombre manipule al hombre y a la larga permite que manipule la vida, la creación misma.

Veo, en la prevención contra la técnica, una crítica al univocismo. Este es la postura de los positivimos, que se ven en el cientificismo y en algunos ámbitos de la filosofía analítica, todavía demasiado positivista, sin reconocer el llamado «giro pragmatista», que vino a renovarla y que, por lo menos, atiende a la utilidad, sobre todo a la de la mayoría, como a un cierto bien común.

En lo segundo veo una crítica al equivocismo, que es sobre todo el de la posmodernidad, el de la idea de que no hay principios ni criterios, sino únicamente mi situación, en un hedonismo muy fuerte.

Por eso me parece que el Papa adopta una postura muy analógica, en la tradición misma de la teología de la Iglesia, con san Agustín y santo Tomás, pero también con Romano

⁷LS, n. 118.

⁸LS, n. 122.

Guardini, a quien cita explícitamente⁹. Se ve, incluso, en que llama a su postura una ecología integral. Y en teoría de sistemas la analogía, que es proporción, se llama integración.

Y es que la analogía significa proporción, sentido del equilibrio, lo cual conlleva moderación, medida. Y tal es el sentido de la prudencia, una virtud que ayuda a encontrar el término medio de las acciones, pero también el medio para conseguir un fin, y aquí el fin es el bien común de la especie humana, que corre el peligro de desaparecer si se agotan sus recursos.

En algunos congresos ya he oído a algunos ecologistas, que me parecen exagerados, decir que el hombre ha sido la peor especie en la tierra y que merece desaparecer. En lugar de adoptar esas posturas apocalípticas, hay que buscar un remedio, una salida, y que sin duda está del lado de la cordura, de la medida y la moderación.

Por eso veo que el Papa tiene una mentalidad mediadora. Además, hay aquí una actitud hermenéutica. No en balde el Papa cita a Paul Ricœur, gran hermeneuta del siglo XX, muerto no hace mucho¹⁰. Y ya que la mediación se da por virtud de la analogía, es, como veremos, una hermenéutica analógica la que, en la mejor tradición de filosofía cristiana, el pontífice está usando para articular su pensamiento en el documento que estudiamos.

Uno de los remedios que la encíclica propone es la preservación del trabajo. De hecho, esto es algo que viene pensando desde que tenía que dialogar con el marxismo, para el que el trabajo era la categoría fundamental del hombre. Era un ser humano productor, la praxis era su misma esencia y la praxis principal era el trabajo. Uno recuerda cómo trataba de preservar la alta dignidad del trabajo y del hombre trabajador, pero señalando que hay otros valores que van junto con él. No todo se reduce al trabajo, pues a veces da la impresión de que nuestra cultura es de un laborismo exacerbado. Ya los propios marxistas se cuestionaban qué iba a hacer el hombre cuando la técnica del futuro lo liberara de tanto trabajo y veían que iba a ser otro tipo de praxis, que llamaban espiritual y que consistía en

⁹LS, n. 115, p. 81, nota 92. Cita su obra *El ocaso de la Edad Moderna*.

¹⁰LS, n. 85, p. 61, nota 59. Cita su obra *Finitud y culpabilidad*.

la ciencia y el arte. El hombre siempre iba a desarrollar una praxis, tal vez no tanto de producción, en los talleres y en las fábricas, pero sí una praxis material abocada a las ciencias y las artes. A ello respondieron muchos teólogos, entre ellos, singularmente el padre Marie-Dominique Chenu, dominico que fue teólogo e historiador y, dado que la historia era una de las disciplinas fundamentales del marxismo, porque en ella se cumplía la dialéctica que la razón veía en la teoría, él dialogó mucho con esa corriente y supo resaltar la necesidad que el hombre tiene de la praxis y del trabajo, pero sin olvidar su aspecto más espiritual, incluso teórico o contemplativo.

Cuando el Papa habla de la ciencia y la técnica, anima a la creatividad, como si se tratara de las artes, pues fomenta la innovación, incluso la biológica y que sea producto de la investigación, pero siempre dentro de los límites del bien común. La manipulación genética tiene que tomar en cuenta las repercusiones que pueda tener en relación con las diversas áreas de la realidad, tanto natural como social¹¹.

Algo que se va ya perfilando es que el Papa utiliza para su reflexión dos de las corrientes filosóficas más presentes en la actualidad, como son la fenomenología y la hermenéutica. No se le ve que se oriente hacia la filosofía analítica, de filiación anglosajona, sino que se ubica en la llamada filosofía continental, que es la contraparte de aquella. Puede decirse que las dos se reparten el flujo filosófico principal de nuestro mundo. La filosofía analítica es científicista y quizá por ello no la toma muy en cuenta el Papa; en cambio, la continental, con sus dos vertientes de la fenomenología y la hermenéutica, es más humanista, más centrada en la persona. Quizá por ello la usó explícitamente en su encíclica. No en balde cita textualmente a Romano Guardini, de línea fenomenológica y existencialista¹², y a Paul Ricœur, de línea fenomenológica y hermenéutica.

¹¹ LS, nn. 131 ss.

¹² En la línea existencialista, como admirador de Heidegger, pero también crítico con él, lo coloca P. ROUBICZEK, *El existencialismo*, Barcelona, Labor, 1968 (2ª ed.), pp. 113 y 126.

El desbordamiento de la técnica: la tecnocracia

La técnica, en la actualidad, se ha desbordado. Por lo menos ha rebasado a la filosofía y, aun cuando ahora se hace filosofía de la técnica, además de filosofía de la ciencia, no hay plena claridad acerca de los fines que ella se propone y de los medios que utiliza. Por eso la encíclica se ha propuesto abordarla desde varios ángulos.

El papa hace un análisis muy profundo de la técnica, no condenándola, pues reconoce que ha traído múltiples beneficios, pero sí llamando a la conciencia de sus límites¹³. No la condena como tal, sino como tecnocracia, esto es, como el dominio de la naturaleza mediante la técnica. Porque no ha sido usada para cultivar el planeta, sino solamente para dominarlo, y ha crecido tanto que ahora se usa para controlar a las personas.

Ha habido varias revoluciones de la técnica, desde las máquinas a vapor, pasando por máquinas más sofisticadas, hasta las computadoras, por no hablar de todas las técnicas que hay para aplicar a la biología, a la psicología e incluso a la sociología. Pero todo está manejado por la economía y la política, por esa economía política que es la ambición a macro nivel, porque se da ya en los países, entre los que los poderosos sojuzgan a los más débiles.

Lo que más recalca la encíclica es que a un crecimiento gigantesco de la técnica no ha habido un crecimiento proporcional de humanismo. Es decir, se prefiere construir armas devastadoras en lugar de usar ese mismo presupuesto en el hombre, pues con ese mismo dinero se podría dar alimento y habitación a una buena parte de la humanidad. La técnica, que ha logrado muchas cosas buenas en el campo de la medicina, por ejemplo, se usa también para la destrucción, sin sacar la lección de las mortíferas guerras que ha habido, en las que se ha usado la energía nuclear en forma de bomba atómica, como en Hiroshima.

La encíclica exhorta a reorientar la técnica, para que en verdad trabaje a favor del hombre y no en su contra, como lo está haciendo con la destrucción sistemática del planeta¹⁴. Parece

¹³ LS, nn. 102 ss.

¹⁴ LS, nn. 130 ss.

que no ha habido conciencia de que el mito del progreso indefinido que reinó en el siglo pasado es falso y que ya las mentes lúcidas no creen en él. Pero se sigue experimentando con la mentalidad de que la ciencia y la técnica deben avanzar a toda costa, a pesar de no saber hacia dónde avanzan. Por eso hay que reflexionar sobre su orientación y dirigirlas hacia el ser humano. Se necesita fortalecer ese nuevo humanismo del que algunos ya han hablado.

Es decir, en la actividad destructiva de la naturaleza, que continúa hasta el día de hoy, hay supuestos filosóficos malos y falsos, como ese del progreso indefinido, que ha tenido su mayor repercusión en la carrera armamentista de los países poderosos. Ese mito del progreso indefinido pertenece a la antropología filosófica, a nuestra idea de hombre; pero también hay presupuestos de esa índole, antropológica, que repercuten en la ética, como el hedonismo actual, que hace pensar en que todo se ordena a mi placer, es decir, a mi egoísmo, y que todo se orienta a la comodidad. Pero todo es de momento, referido al presente, sin pensar en el futuro de la humanidad, en los que vienen después de nosotros.

Construcción de una ecología integral

Llama el Papa a una ecología integral, es decir, que conjunte los principales aspectos o dimensiones del ser humano, a saber, lo económico y social. Nos recuerda que la ecología «estudia las relaciones entre los organismos vivientes y el ambiente donde se desarrollan¹⁵». El ser humano es un organismo y por lo tanto tiene que estudiar sus relaciones con el entorno. Pero esto debe ser atendiendo a su parte no solamente física o ambiental, que es la que sobre todo se cuida aquí, sino además económica y social. Porque la explotación de la naturaleza depende de la economía y esta, a su vez, de la sociedad que la ejerce a través de la política.

Una ecología ambiental ya ha sido explicitada. Una ecología económica significa racionalizar la explotación de acuerdo con las necesidades estrictas de los hombres, e incluso tener

¹⁵ LS, n. 138.

una actitud opuesta a la del dispendio o gasto, es decir, de cierta austeridad, para no excederse en la explotación de la naturaleza. La carta insiste en que se requiere más humanismo, que ya hemos visto cómo resulta el dar preferencia a las necesidades del ser humano por encima de lo que puede hacerse con la ciencia y la técnica.

Pero, además, la forma en que se ejerce el trabajo sobre la tierra afecta a las mismas instituciones de las que depende, o con las que interactúa. Por eso se requiere sanearlas, para que no dañen el medio ambiente, y esto se logrará con una política adecuada y, desde el derecho, con leyes que regulen esa relación entre las personas y con el planeta¹⁶.

No contento con eso, avanza el Papa hasta proponer una ecología cultural que ayude a conservar el patrimonio natural. Hay que promover una cultura que favorezca ese cuidado y eso va a depender mucho de la educación. Hay que resistir al consumismo, porque es el que promueve el desgaste de los recursos. Hay que frenar la homogeneización, pues así como se está disminuyendo la biodiversidad, así también se está perdiendo la diversidad de las culturas, porque el tiempo actual las iguala a todas, por la mimesis que se da a nivel mundial con la globalización. Inclusive hay que favorecer un tipo de vida que impida la degradación de la tierra.

Por eso habla de una ecología de la vida cotidiana, en el sentido de animar un *modus vivendi* en el que se tenga calidad de vida, pero integral, a saber, no solamente en el aspecto material, sino también en el espiritual. Y esto se logra con la creatividad, como la de ciertos grupos que han podido revertir los efectos nocivos e incluso alcanzar a redirigir el curso de las cosas para que sean benéficos¹⁷. Y no han sido precisamente los ricos, sino pobres que han sabido sujetar la explotación a la medida de sus necesidades y deseos legítimos.

Para esto hay que cuidar los espacios urbanos, sobre todo de las habitaciones, para que no tengan unos pocos mansiones ostentosas y la mayoría viviendas insuficientes, sino lograr la equidad en la satisfacción de esas necesidades. Además, es

¹⁶ LS, nn. 141-142.

¹⁷ LS, n. 148.

necesario proporcionar edificios públicos funcionales y austeros que no produzcan mucho gasto. Se pide cuidar el transporte, sobre todo el público, porque ya es mucha la polución que se ha dado por tantos vehículos que transitan en las ciudades y que impregnan el ambiente con sus emanaciones¹⁸.

Señala el Papa que todo esto tiene relación con las leyes que se dicten para ello, pero sobre todo con la ley moral, que es la de la conciencia, animada por la búsqueda del bien común. Por eso recalca que el principio del bien común es el que debe regir el comportamiento humano. Va más allá de lo que está establecido por las leyes positivas y alude a la buena voluntad del hombre. Es la ética social y no solamente la instancia jurídica de las naciones. Supone el respeto a la persona humana y el reconocimiento de que tiene derechos fundamentales, en torno a la vida, en la línea de los derechos humanos. Y ya que esos derechos son conculcados a los más desprotegidos, ello nos conduce a una opción por los pobres, los que padecen esa opresión por parte de los poderosos.

Es un asunto, pues, de justicia. Pero aquí parece entrar una innovación que ya se necesitaba o que al menos era algo de lo que no se ha hablado suficientemente. Así como se habla de justicia entre los países, aquí se habla de justicia entre las generaciones. Lo que hagamos con la ecología, con la economía y con la sociedad va a repercutir en las generaciones venideras y tenemos un compromiso moral con ellas. Hay que combatir el individualismo en el que nos ha sumido la posmodernidad y velar por los intereses de las generaciones futuras¹⁹. Así como se cuida el patrimonio de los hijos y se trata de dejarles lo mejor, así deberíamos ver a los que van a nacer en el futuro, para que no nos puedan reprochar el que les hayamos dejado un mundo agotado por no tener cuidado con lo que hacemos en él.

El Papa no se contenta con señalar esos hechos, sino que da también algunas propuestas de remedio. Se centra en el diálogo, en el que debe haber entre las naciones para establecer políticas ecológicas; en el que debe haber en el interior de las mismas naciones y hasta a nivel local; en el que debe haber para la

¹⁸ LS, n. 153.

¹⁹ LS, n. 162.

transparencia con respecto a las decisiones que se toman; e incluso en el que debe haber para promover la plenitud humana. Todo esto exige un cambio de actitud y una educación para que esto permanezca y se profundice. En este diálogo se sitúa el de las religiones con la ciencia y entre las religiones mismas, con el fin de fomentar la fraternidad a nivel mundial. Es algo que repercutirá en nuestra fraternidad con la tierra, como lo veía san Francisco, quien la llamaba «hermana» y cuyo cántico da nombre a la encíclica misma.

Se termina con un llamado a una espiritualidad ecológica, la cual se mostrará en la educación que se dé a los que vienen o que ya están aquí. Se trata de promover otro estilo de vida para estrechar la alianza entre la humanidad y el medio ambiente en que vive. Es toda una conversión ecológica, una *metanoia*, difícil pero que producirá gozo y paz y que puede ayudarse de la religión²⁰.

Consecuencias que sacamos de la encíclica

Hemos podido advertir que el Papa en su encíclica utiliza como fundamentos filosóficos principalmente elementos de dos corrientes actuales, que son la fenomenología y la hermenéutica. Inclusive, de la primera corriente cita a Romano Guardini, que también compartió ideas con el existencialismo, e igualmente a Paul Ricœur, que fue fenomenólogo y hermeneuta²¹. Si a este último lo cita una vez, al otro lo cita seis veces, es el autor más referido en la encíclica. Se ve que el Papa sigue mucho a Guardini. Y este autor tuvo un pensamiento muy analógico, ubicado en su noción de contraste, que es una especie de dialéctica de lo diferente. Uno de los mejores conocedores de este autor, Alfonso López Quintás, llama a la postura de Guardini «fenomenología arraigada en lo real, en el plano de lo viviente-concreto²²», y dice que «su teoría de la polaridad está más cercana a la armonía jerárquica de la *analogia entis* que a la abrup-

²⁰ LS, n. 233 ss.

²¹ P. Ricœur, *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, Eds. Nueva Visión, 1997, pp. 18 ss.

²² A. LÓPEZ QUINTÁS, «Los 'contrastes' y su significación en la vida humana», estudio introductorio a R. Guardini, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto*, Madrid: BAC, 1996, p. 12.

ta desarmonía de la llamada teología dialéctica²³». Es decir, Guardini es un fenomenólogo muy analógico, al modo como Ricœur es un hermeneuta muy analógico.

Fenomenología y hermenéutica son parte de una de las corrientes principales en la filosofía actual, la llamada filosofía continental, es decir, europea, en contraste con la filosofía analítica, que es más bien anglosajona. Además, con la filosofía continental está vinculada la filosofía posmoderna, y el Papa realiza una crítica fuerte a la posmodernidad. Es decir, el Papa se muestra actualizado, conocedor de las vertientes más influyentes en el pensamiento de hoy.

El interés focal de la encíclica es, sin duda, la ética, la moral, muy relacionada con la bioética. Pero también conoce la vinculación que la ética tiene con la política, el derecho, la economía y otras ramas del saber. En realidad son aspectos de la vida social del hombre, tan compleja. Si la modernidad desconectó todas esas ciencias con respecto a la moral, ahora, en la tardomodernidad o posmodernidad, se ha tratado de volver a conectarlas. Es, pues, una llamada de atención a la dimensión ética o moral del hombre.

Pero, además, una lección que la encíclica nos da es que hemos de basar nuestra ética en consideraciones de antropología filosófica o de filosofía del hombre. En efecto, mucho se ha dicho que no se puede pasar del ser al deber ser, o de la descripción a la valoración; sin embargo, aquí vemos que hemos de partir de la descripción fenomenológica de la situación concreta y real y, además, de una comprensión del hombre para poder ver qué normas éticas necesita y le son convenientes. Y en esa comprensión se trata de una labor hermenéutica, por la que, además de describir los fenómenos, los interpretamos para ver la relación que tienen con el hombre o la que este tiene con ellos.

Se trata, pues, de la antropología filosófica como hermenéutica, esto es, según la llamaba Michel Foucault, como una hermenéutica de sí. Pero, además, tiene una perspectiva analógica, es decir, mediadora, de proporción o equilibrio proporcional, no por nada el Papa llamó a su propuesta una «ecología integral²⁴».

²³ *Ibid.*, p. 25.

²⁴ LS, nn. 137 ss.

Esto es, una que no se dispare ni en la línea de la univocidad y se encabalgue en la ciencia/técnica, ni en la de la equivocidad y se atenga al relativismo excesivo tan frecuente hoy en día.

Por eso me atrevería a concluir que en la encíclica subyace una hermenéutica analógica de sí, esto es, del hombre como el responsable de la creación. Él es el espejo de la creación, como lo veía Santo Tomás, y el Papa cita varias veces al Aquinate y, además, recoge la metáfora de la creación como un libro escrito por Dios. Por eso el Papa nos está invitando a una recuperación del pensamiento de la analogía para interpretar al hombre y al mundo²⁵.

²⁵M. BEUCHOT, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de la interpretación*, México, UNAM, 2015 (5ª ed.), pp. 37 ss.